

Larraz López, José, 1904-1973

Acto conmemorativo del Centenario de la Ley de 28 de enero de 1856, que confirió al establecimiento su actual nombre de Banco de España / Palabras del Excelentísimo Sr. Conde de Benjumea, Gobernador del Banco, y discurso de Jose Larraz.

Madrid : Banco de España, 1956.

Signatura: D 5114

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

BANCO DE ESPAÑA

ACTO CONMEMORATIVO DEL
CENTENARIO
DE LA LEY DE 28 DE ENERO DE 1856, QUE CONFIRIO
AL ESTABLECIMIENTO SU ACTUAL NOMBRE DE
BANCO DE ESPAÑA

Palabras del EXCELENTISIMO SR. CONDE DE BENJUMEA,
Gobernador del Banco, y discurso del
EXCELENTISIMO SR. D. JOSE LARRAZ

M A D R I D

1 9 5 6

BANCO DE ESPAÑA



ACTO CONMEMORATIVO DEL
CENTENARIO

DE LA LEY DE 28 DE ENERO DE 1856, QUE CONFIRIO
AL ESTABLECIMIENTO SU ACTUAL NOMBRE DE

BANCO DE ESPAÑA

*Palabras del EXCELENTISIMO SR. CONDE DE BENJUMEA,
Gobernador del Banco, y discurso del
EXCELENTISIMO SR. D. JOSE LARRAZ*



1 000000 391978

D 5114

M A D R I D

I 9 5 6



BANCO DE ESPAÑA

AL SEÑOR DON JUAN DE LOS RIOS
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS
AL ESTABLECIMIENTO DE ACTUAL NUMERO DE
BANCO DE ESPAÑA

Excmo. Sr. D. Juan de los Rios
Presidente del Consejo de Ministros
Excmo. Sr. D. Juan de los Rios

BANCO DE ESPAÑA
1 5 2 8

ACTO CONMEMORATIVO DEL CENTENARIO DE LA LEY
DE 28 DE ENERO DE 1856, QUE CONFIRIO AL ESTABLECI-
MIENTO SU ACTUAL NOMBRE DE BANCO DE ESPAÑA

ESTOY COMPLETAMENTE DE ACUERDO CON
LO QUE SE ME HA DICHO Y ME
ENCANTO EN VERDAD DE LO QUE ME
HAIS DICHO

El día 28 de enero de 1956, celebró el Banco de España, en su Salón de Juntas, un acto conmemorativo del Centenario de la Ley que dió nombre a la Institución.

Ocuparon la presidencia el Ministro de Hacienda, D. Francisco Gómez de Llano, acompañado del Ministro de Obras Públicas, D. Fernando Suárez de Tangil, Conde de Vallengano; Gobernador del Banco, D. Joaquín Benjumea, Conde de Benjumea; Subgobernador, D. Luis Sáez de Ibarra; Consejo general del Banco de España; Alcalde de Madrid, D. José Finat, Conde de Mayalde; Presidente de la Diputación Provincial, D. Mariano Osorio, Marqués de la Valdavia, y otras relevantes personalidades. La sala estaba totalmente ocupada por las representaciones de entidades y Corporaciones económicas y financieras especialmente invitadas.

Palabras del

EXCELENTISIMO SR. CONDE DE BENJUMEA,

Gobernador del Banco de España

Exposición Internacional de 1889
Comité de Organización

SEÑORES MINISTROS;
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES;
SEÑORES:

Unas palabras para agradecer a los Sres. Ministros la concurrencia con que nos honran; al señor Larraz, que gentilmente se suma a este acto para ilustrarlo con su elocuencia y con su sabiduría, y a todos los que con su presencia nos confortan y nos animan.

Celebramos los cien años de una Institución cuyo crédito y cuyo auge han sido continuos gracias a la gestión de sus administradores y a la probidad de sus funcionarios de todos los grados. Este crédito, ganado dentro y fuera de España, nos enorgullece hoy a quienes, por azares de la vida, nos encontramos dentro de la Casa.

Quiero dirigir un saludo a los administradores y funcionarios actuales y rendir un homenaje a cuantos, en generaciones pasadas, han ido forjando esta Institución. Vaya mi saludo, muy efusivo, a esos doce mil

accionistas, la mayor parte de los cuales conservan sus acciones, por tradición familiar, de generación en generación, a veces con sacrificio, ya que han sufrido todas las vicisitudes del Banco y siempre le han guardado un leal afecto y una firme adhesión; a estos beneméritos accionistas que, transfiriendo su cariño a la Entidad le prestan vigor, corresponde, en parte, la altura alcanzada por el Banco de España.

Señor Ministro: Rindo nuevamente homenaje al Gobierno que representa su excelencia en este acto.

Discurso del
EXCELENTISIMO SR. D. JOSE LARRAZ

El presente es un libro de la Biblioteca del Banco de España, que ha sido adquirido por el Estado a virtud de la Ley de 1901, de 11 de Julio, que establece el depósito legal de las obras impresas en España.

Deposito en
BIBLIOTECA DEL BANCO DE ESPAÑA

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES;
SEÑORES:

Mucho me ha satisfecho, lo debo confesar sinceramente, que el Gobernador y el Consejo del Banco de España se hayan acordado de mí para ocupar esta tribuna en la ocasión de hoy. Más que por el honor que ello significa, que lo agradezco cumplidamente, por el afecto que me han demostrado. Debieron pensar que en tres coyunturas de mi vida, fugaces, que no duraderas, pasé por el Banco de España. Dos veces entre las filas de los funcionarios; otra vez por el Consejo. La primera fué el año 1930, hasta 1931, cuando se fundó el Servicio de Estudios de esta Casa y como Subdirector de él. La segunda fué entre 1937 y 1938, en Burgos, como Director del mismo Servicio, donde inicié los estudios sistemáticos dedicados a la reversión, a su unidad inicial, de una economía monetaria que había quedado escindida en dos. Y la

tercera, entre 1938 y 1939, como Consejero en representación del Estado. De la Alta Administración de aquellos tiempos, ya no queda nadie, y del Consejo de Administración del año 1930, el primero que yo conocí y traté en esta Casa, ya no sobreviven — y ¡ojalá que sobrevivan por mucho tiempo! — más que los Sres. Marqueses de Amurrio, de Aledo y el Sr. Conde de Gamazo. Todos los demás emprendieron el viaje para el destino final. No puedo proseguir sin dedicarles en este momento un piadoso recuerdo.

El talento natural del Sr. Gobernador y el conocimiento que tiene de mi persona, me hacen pensar que estamos de acuerdo en que esta sesión no debe tener ese tono adulón y apologético que en tantas ocasiones similares se ha empleado y que me llevaría, señores, a hacer una acerba censura de la Ley cuyo Centenario estamos hoy celebrando; ni debe tener, tampoco, el estilo oratorio vaporoso y granadero. Me parece que lo más apropiado es recordar los hechos; contemplarlos en su desnuda y pura objetividad, y valorarlos imparcialmente. Pero como el Sr. Gobernador ha tenido para mí palabras muy benévolas y amables, tampoco debo proseguir sin excitar previamente vuestra cautela.

SIGNIFICACION DEL CENTENARIO

Hoy celebramos un Centenario. Un Centenario que no es el Centenario de la persona jurídica radicada en esta Casa. Si el Decreto de Santillán de 1847, de reunión del Banco de San Fernando y del Banco de Isabel II, fué, como dicen los mercantilistas y como se infiere de las palabras de Santillán, una fusión por nueva fundación, el Centenario de la persona jurídica se cumplió en 1947. Tampoco celebramos, naturalmente, el Centenario del privilegio de única emisión, puesto que el privilegio de única emisión, de modo ininterrumpido, no se goza sino desde 1874. Lo que celebramos hoy lo dice con precisión exacta la invitación: la Ley por la cual esta Institución tomó el nombre de Banco de España. Tal Ley sufre, en general, de mal juicio entre los publicistas españoles. Se ha contemplado con ojos formalistas, con ojos jurídicos, la serie de disposiciones sobre la circulación fiduciaria española y se suele estimar que la Ley de 1856 es, en el proceso, una involución, un retroceso. Pero, si imprimimos al análisis dirección más honda y más realista y llegamos a la esencia de las cosas, se puede concluir que la Ley de 1856 abrió una etapa de progreso, en cuanto que contribuyó a facilitar, en la me-

dida de lo posible, la difusión del billete de Banco en el ámbito español, y, en cuanto preparó el clima propicio para que, en momento oportuno, pudiera funcionar con eficiencia un gran Banco emisor. Pese a las apariencias, la Ley de 1856 cumplió una función histórica. Esta es la tesis que voy a sostener y creo que a justificar ante todos vosotros.

LA EMISION DE BILLETES Y LA DOCTRINA ECONOMICA

Desplegando la opinión de tres grandes maestros clásicos de la economía, sobre cómo debía organizarse la emisión de billetes de Banco, nos encontramos con pareceres dispares. Adam Smith era partidario de la libertad de los Bancos emisores y de que funcionaran en régimen de libre competencia; no ponía más que dos condiciones: que los billetes no representaran cantidad pequeña, sino cantidad considerable — que, para él, en aquella época, comenzaba en las diez libras esterlinas —, y que el billete fuera convertible a instancia del tenedor. Enfrente de Adam Smith se situó la actitud de David Ricardo. David Ricardo era partidario de un solo Instituto emisor, además, estatal. Son tesis diametralmente opuestas. En el medio surgió, cronológicamente, la tercera: la de Stuart Mill. Stuart

Mill sostenía que debía haber pluralidad de Bancos de emisión, pero, no obstante, entre todos ellos, uno funcionaría como *primus inter pares*, sería una especie de Banco emisor central. Los Bancos emisores, digamos corrientes, emitirían billetes, y cuando se les presentaran a reembolso los reembolsarían con billetes del Banco central. El Banco central, cuando sus propios billetes le fueran presentados a reembolso, los satisfaría con especies metálicas. Ahí tenéis, en tres figuras del clasicismo—Adam Smith, Ricardo y Stuart Mill—, tres posiciones diversas sobre la manera de organizar la emisión fiduciaria. Cuando acabó la primera guerra mundial y surgieron las conferencias internacionales, a las que concurrieron los maestros de la economía y de las finanzas de entonces, ya era *communis opinio*, tesis general, que en cada país sólo debía haber un Banco emisor. Este principio fué el que inspiró la práctica de los años siguientes en todos aquellos países europeos donde hubo que fundar Banco de nueva planta e, incluso, en Italia, que todavía venía arrasando, de antiguo, pluralidad de Bancos emisores. En 1920 era fácil instaurar un Banco emisor único en cualquier país europeo. Sin embargo, esto no era tan fácil, esto, prácticamente, fué imposible en el siglo XVIII y en buena parte del XIX. Conviene que re-

paremos brevemente en la línea histórica que siguieron el Banco de Inglaterra y el Banco de Francia, que ello nos ayudará a comprender el significado de la Ley de 1856 y nos iluminará el campo que hemos de observar.

LA CIRCULACION FIDUCIARIA EN INGLATERRA

En Inglaterra, el Banco de emisión surge a fines del siglo XVII, y surge como Banco exclusivo, privilegiado, único Banco emisor. Pasan unos años y ya no es único. Las Compañías que no excedan de seis socios pueden emitir billetes al portador y a la vista. Pasa el siglo XVIII y, a partir del año 1826, los Bancos con más de seis socios, establecidos a mayor distancia de 65 millas de Londres, pueden emitir billetes, y el Banco de Inglaterra puede crear sucursales. Llegamos al 1844. Hay en el país 14 sucursales del Banco de Inglaterra, 72 Bancos emisores con forma *joint-stock*, y 207 Compañías privadas emisoras; o sea, que, además del Banco de Inglaterra, hay 279 emisores de billetes de Banco. Se promulga la Ley de Peel de 1844 y a todos los Bancos emisores hasta entonces, distintos del de Inglaterra, se les dice: podréis en lo sucesivo continuar emitiendo, pero no por más cantidad del promedio de las últimas semanas. Se re-

nueva y se prorroga el privilegio del Banco de Inglaterra, se le fortifica y, directa e indirectamente, expresa y tácitamente, se crea un conjunto de condiciones que, a la larga, de forma casi ineluctable, han de dar lugar a la total absorción por el Banco de Inglaterra de las facultades emisoras de los demás. Cuando terminaba el siglo XIX, la circulación fiduciaria en Inglaterra ajena al Banco de este nombre apenas contaba, era una reliquia del pasado. Mas, hasta 1921, no se liquidó totalmente la pluralidad de emisores. En el año 1921, la única casa emisora de billetes que quedaba al margen del Banco de Inglaterra, por absorción de un Banco — sociedad anónima, residente en Londres, que no podía emitir —, perdió su privilegio y se consumaron enteramente las consecuencias implícitas en las premisas de la Ley de Peel.

LA CIRCULACION FIDUCIARIA EN FRANCIA

Vengamos al caso de Francia. En Francia, en 1802, hay en París seis Bancos emisores de billetes. Uno de ellos se llama Banco de Francia. Al año siguiente — 1803 — Napoleón concentra en el Banco de Francia el total poder emisor de París y para París. La Ley prevé la posibilidad de constituir Bancos departamen-

tales de emisión. Bajo el primer Imperio el Banco de Francia, tímidamente, crea tres sucursales. Apenas caído Napoleón, el Banco de Francia se repliega a su central y se apresura a liquidar las sucursales. De 1815 a 1838 surgen nueve Bancos departamentales. De 1836 a 1846, 14 sucursales del Banco de Francia. Al final, en el 1848, bajo la presión gubernamental, todos los Bancos departamentales acceden al Banco de Francia, son anexionados por éste, que queda constituido en único emisor de todo el país.

SE ABREN UNOS INTERROGANTES

Estos hechos, tan sucintamente expuestos, determinan una serie de preguntas: ¿por qué el Banco de Inglaterra, que, respondiendo a su título, comenzó como único y exclusivo emisor, a los pocos años dejó de serlo?; ¿por qué, frente a la exigüidad del número de sucursales del Banco de Inglaterra, Inglaterra vió florecer, como habéis entendido, una fronda numerosa de emisores de billetes de Banco?; ¿por qué el Banco de Inglaterra no volvió hasta 1844 a situarse en la vía que le llevaría otra vez, andando los años, a la unicidad de emisión?; ¿por qué el Banco de Francia, criatura de Napoleón, protegido del Emperador, es

tan parco, tan moderado en la creación de sucursales?; ¿por qué el Banco de Francia, apenas caído Napoleón, se apresura a liquidar las primeras?; ¿por qué, volviendo la espalda a su nombre, puede ver que se creen nueve Bancos departamentales?; ¿por qué hasta 1848 no queda instituido como único Banco privilegiado de emisión de billetes?; ¿es que todo esto estuvo determinado por el puro juego de las ideologías o de los intereses?; ¿o es que todo esto respondió a una razón independiente y superior de las ideologías y de los intereses, a una razón objetiva? Mi opinión, señores, es que todo esto respondió, por encima de las ideologías y de los intereses, a una razón objetiva de fácil explicación.

UNA LOGICA EXPLICACION

LOS BILLETES Y LAS COMUNICACIONES

Pongámonos con la imaginación en las circunstancias de los tiempos que preceden a la Ley de Peel y a la Ley francesa de 1848. Es evidente que el hombre medio, las masas, estaban iniciándose en el hábito del billete de Banco, de la circulación fiduciaria. Para que los billetes circularan libremente, el tomador necesitaba tener la seguridad de que le serían reembolsa-

dos a su discreción, a su grado y voluntad. Para que los billetes se difundieran por el ámbito nacional era, además, necesaria otra cosa: que hubiese una vasta red de oficinas bancarias, porque el tomador requería que el reembolso se hiciese en la inmediación o en la proximidad de su residencia. Pongamos en nuestra imaginación, y con aquellas circunstancias, un Banco emisor único con vasta red de sucursales. Pues bien, en cualquier punto local de la red podía surgir un foco de fiebre de reembolso. Quizá fuera un problema muy pequeño. Si se contara con red de transportes rápidos, digámoslo en romance, con ferrocarriles, la central del Banco emisor tuviera la posibilidad de remediar aquel pequeño problema local inmediatamente. Por el contrario, si no había ferrocarriles — como no los había —, la central del Banco emisor no tenía a mano posibilidad de remediar el pequeño problema local, y aquel problema local, no curado rápidamente, estallado, podía degenerar en un grave problema nacional, en un gran pánico nacional, por carencia de medios rápidos de transporte para las conductas de metálico. Es evidente que cabía un paliativo: fraccionar las emisiones, asignando a cada sucursal el solo pago de una fracción. Pero esto no era más que un paliativo. Si el Banco emisor, por huir del peligro,

centralizaba exclusivamente en su caja central, en su caja de la capitalidad, el pago del billete, el billete perdía amplitud en su difusión y en su circulación. En virtud de todas estas consideraciones resulta que, en defecto de red ferroviaria, un Banco emisor único estaba limitado y restringido en su expansión por el área nacional, mientras que, de contrario, la Banca emisora local, provincial o departamental, estaba, con la fuerza que emerge de la realidad misma, alzaprimada para instituirse, para arraigarse, para generalizarse, como acaeció mientras las redes ferroviarias de los países no tuvieron amplitud bastante. Una circulación única, una circulación fiduciaria uniforme, una circulación homogénea, una circulación girando en el ámbito nacional en unidad de compartimiento, no en compartimientos locales estancos, no podía darse mientras cada país no contara con red ferroviaria suficiente.

Cuando Inglaterra, con la Ley de Peel, se pone en el camino de llegar a tener, como inicialmente se había pensado, un único Banco emisor, el país — hay que entretenerse en trazar el croquis sobre el papel, como yo he hecho estos días — poseía ya red ferroviaria considerable. Cuando en 1848 se instituye el monopolio de la emisión francesa, entonces Francia no

tiene todavía red ferroviaria muy grande. Sus caminos de hierro cubren la zona noroeste de la nación y algo más. La Ley francesa de 1848 fué un poco precipitada; la precipitaron la revolución y el curso forzoso de aquel año; pero se consolidó porque las principales arterias ferroviarias de la red francesa no tardaron mucho tiempo en concluirse. He aquí el resumen, señores: sin red ferroviaria extensa no podía existir una circulación fiduciaria única, uniforme, nacional; el principio normativo de la emisión única técnicamente era bueno, pero, carente de aquella circunstancia, le faltaba el clima, le faltaba el ambiente propicio. Así, se verificó una vez más ese sabio y antiguo pensamiento de que para la aplicación de un principio normativo no le basta con ser racionalmente bueno, si en la realidad no están dadas y creadas, no palpitan ni viven, circunstancias y condiciones de hecho capaces de conferirle viabilidad. Ahora podremos entender muy bien la Ley española de 1856.

EN ESPAÑA: EL BANCO DE SAN FERNANDO Y OTROS

El Banco Español de San Fernando se había creado en 1829, en Madrid, con privilegio emisor. En 1844 se crea, también en Madrid y con facultad emisora, el Banco de Isabel II. Los problemas del año 1847 fuerzan al entonces Ministro de Hacienda, D. Ramón Santillán, a reunir los dos Bancos en uno, bajo la denominación del más antiguo: Banco Español de San Fernando. Santillán refrenda un Decreto, en el cual se dice que el Banco Español de San Fernando podrá establecer sucursales con el consentimiento del Gobierno. Ya se había creado en el año 1844, como emisor, el Banco de Barcelona; y en el mismo año 1847 se creó, como emisor, el Banco de Cádiz. En el articulado del Decreto de Santillán se dice, también, que las sucursales del Banco de San Fernando podrán circular y pagar billetes de este Banco, salvo en aquellas capitales o poblaciones donde existan, competentemente autorizados, otros Bancos emisores. Esta es la legalidad de 1847. Santillán reconoce que hay una pluralidad de Bancos; que debe seguir habiéndola; y deja abierto el camino a la proliferación. Santillán, señores, no hizo más que plegarse a la realidad de entonces.

LA REFORMA MON

Pasan dos años, y un hombre, que por tantas razones merece veneración y respeto, D. Alejandro Mon, Ministro de Hacienda en 1849, saca las cosas del cauce por donde iban — donde las había dejado la prudencia y el buen juicio de Santillán — y propone la concesión al Banco de San Fernando del privilegio único de emisión de billetes con la facultad de crear sucursales en provincias. Los billetes serían pagaderos en Madrid y en las provincias. Mon ha recibido el impacto de la Ley inglesa de 1844 y de la francesa de 1848; ha quedado impresionado por la sugerencia, y, sin reflexionar más, copia. Lleva su proyecto a las Cortes. En vano os esforzaríais por encontrar en el preámbulo una sola línea que explique tan trascendental medida. Hay varios discursos de oposición, alguno de ellos sólido; el discurso de Mon es apagado, es pobre. Empero, las Cortes aprueban. La Ley de Mon ha sido prematura, señores. Ya se tenía conocimiento de las experiencias inglesa y francesa. Las Leyes de estas naciones, de 1844 y 1848, habían surgido precedidas por la labor de una pluralidad considerable de Bancos emisores, regionales, provinciales, locales, que fueron pasando la reja del

arado — permitidme esta pobre metáfora — por la tierra todavía resistente a la circulación del billete. Esta verdad empírica, Mon no la tuvo en cuenta. Aún hubo algo más grave. ¿De qué medios disponía el Banco de San Fernando para realizar las conductas de metálico por toda el área del país? Pues no había más que la tracción animal. Porque, en 1849, el único ferrocarril que funcionaba en España era el de Mataró a Barcelona; el de la «fresa» — el de Aranjuez — todavía no se explotaba. Item más, en España, en 1849, no había aún una red eléctrica de telégrafos. Precipitación inmensa la de encerrar en el solo Banco de San Fernando, aunque con respeto de los derechos adquiridos por los Bancos de Barcelona y de Cádiz, la facultad emisora de billetes. O la Ley de Mon de 1849 era corregida, o España se retrasaría mucho en el arraigo generalizado y extenso de la circulación fiduciaria. Afortunadamente se siguió el camino de la rectificación, y lo inició muy pronto un hombre equilibrado, un hombre ponderado y sensato: Don Juan Bravo Murillo.

LA LEY DE BRAVO MURILLO

En la Ley de 1851, de Bravo Murillo, se encuentra un precepto que, más o menos, dice: cuando en alguna plaza mercantil se experimente la necesidad de crear un Banco o de establecer una sucursal del Banco de San Fernando, si éste no se decidiera a instituirlo, el Gobierno presentará a las Cortes el correspondiente proyecto para dar satisfacción a tal necesidad, conforme mejor convenga a los intereses públicos de la plaza requirente. Es posible que con estas palabras no reproduzca exactamente la letra de la Ley, mas el contenido queda expresado con absoluta precisión. Don Juan Bravo Murillo procuró resolver un problema efectivo, real.

LA LEY DE 1856

Cae Bravo Murillo. Pasa la «vicalvarada». Manifiesto de Manzanares. Y estamos ya en pleno bienio progresista, y, dentro de él, en 1856. Patillas y mosca de D. Baldomero Espartero. Perilla fina de O'Donnell. En el Ministerio de Hacienda, el comerciante de Zaragoza D. Juan Bruil, Diputado por aquella ciudad y comisionado en ella del Banco de San Fernando.

Don Juan Bruil, refrendario de la Ley de 1856 (cuya biografía no podréis encontrar en el *Espasa*), estaba en la misma línea técnica que Bravo Murillo. El Banco de San Fernando es el primero; el Banco de San Fernando puede constituir sucursales; si él no las constituye donde el Gobierno crea que se deben constituir, entonces irán otros, pero la preferencia es del Banco de San Fernando. En la misma línea técnica que Bravo Murillo, Bruil llama al Gobernador del Banco de España, que lo era Santillán, y le dice: Ha llegado la hora de concretar en qué plazas se siente ya la necesidad de que el Banco de San Fernando instale sucursales; son nueve; son Bilbao, Santander, La Coruña, Valladolid, Zaragoza, Málaga, Sevilla, Valencia y Alicante; hay que crearlas en un año; y el Banco de San Fernando ha de ampliar su capital. Cuenta D. Ramón Santillán, en su *Memoria Histórica* — y el testimonio es irrefragable —, que se tuvo que resignar a la exigencia del Gobierno. Pero constándole que la aceptación de tales condiciones, en definitiva, sería inejecutable. Y el proyecto llega a las Cortes.

Ahora bien, en las Cortes, señores, se presentó la enmienda del Diputado bilbaíno Gaminde Mazarredo, la cual sostenía que, para el establecimiento de Bancos locales en las nueve plazas, no era necesario esperar al transcurso de un año ni a que el Banco de San Fernando, ya Banco de España, se decidiera, o no se decidiera, a instaurar las sucursales. La enmienda de Gaminde Mazarredo fué aprobada por el Congreso. Se volvió, en cuanto a estas nueve plazas, a la posición en donde había dejado el asunto, siendo Ministro de Hacienda en 1847, el mismo Santillán: hay un Banco central que puede crear y aumentar sus sucursales; pero hay también, sin preferencia alguna que obligue, una facultad gubernativa de conceder otros Bancos emisores donde no los haya. Ahora os explicaréis la contradicción, *prima facie* inexplicable, de que el Banco de España recibiera este nombre por el artículo 1.º de una Ley, que, en los posteriores, sin dar a aquél ninguna preferencia, permitía al Gobierno otorgar nueve concesiones de Banco de emisión en las plazas antes mencionadas. El proyecto del Gobierno no era contradictorio; era la congruencia misma; si el Banco de España se iba a extender por el país, harta propiedad tenía el nuevo título. Mas, desde el momento que la enmienda Gaminde Mazarredo, ati-

nente a artículos posteriores, privó al Banco de España de la preferencia y facultó la concesión de nuevos Bancos emisores, el texto del artículo primero, ya aceptado por las Cortes, resultó incongruente. En alguna *Memoria* del Banco de España se dice explícitamente que tal denominación fué impropia hasta 1874, fecha desde la cual se posee con justa razón.

EL BANCO DE ESPAÑA Y EL FERROCARRIL

Hubiera sido mucho más elegante aprobar el proyecto de Bruil que la enmienda de Gaminde Mazarredo. Hubiera sido mucho más elegante respetar la Ley de Bravo Murillo; darle al Banco de San Fernando la preferencia de un año; dejar apurar el plazo y, si el Banco de San Fernando no podía ejecutar, entonces haber otorgado las nuevas concesiones. No se hizo así, pero, salvada esta imperfección jurídica, hay que reconocer que la Ley de 1856 se plegó a la realidad. En 1855 no había en España más que 434 kilómetros de ferrocarril, y de estos 434 kilómetros de ferrocarril, gran parte se los llevaba una línea que no podemos estimar de primera, la línea Madrid-Albacete. España no contaba con otra red ferroviaria. El Banco de San Fernando — ya de España —, por propia palabra de

Santillán, consta que no podía cumplir lo que el Gobierno quería. Las sucursales no se podrían crear en un año. Los Bancos locales que autorizaba la Ley de 1856 eran, por tanto, de necesidad efectiva. Y de las nueve plazas señaladas por la Ley, siete tuvieron su Banco emisor. Fueron Bilbao, Santander, La Coruña, Zaragoza, Valladolid, Málaga y Sevilla. Las otras dos enumeradas en la Ley — Valencia y Alicante —, para las cuales no había surgido una concesión especial, quedaron servidas por sendas sucursales del Banco de España, desde 1858. Observad que el Banco de España fué a Alicante tras la apertura de la línea férrea. Es en 1858 cuando Alicante queda unido a Madrid por ferrocarril, y detrás del ferrocarril se va el Banco de España. En consecuencia, la Ley del 56 cumplió una función histórica, de transición si queréis, sirviendo la realidad nacional de entonces. Luego se crearon todavía más Bancos emisores locales; empero, el Banco de España no volvió a crear ninguna otra sucursal hasta 1874.

La Ley de 1856, como os dije antes — y creo que ahora lo podemos comprender claramente contra toda la literatura adversa que se ha hecho en tantas publicaciones —, fué una Ley que abrió una etapa progresiva, que contribuyó a difundir en España el bi-

llete de Banco en la medida de lo posible, y que creó el clima propicio para que, en el momento oportuno, funcionara un gran Banco nacional, único emisor. El momento oportuno llegó en el 1874, diez y ocho años después, con lo que tocamos el Decreto de Somorrostro, refrendado por Echegaray. España tenía ya una red ferroviaria bastante extensa. La condición se daba.

ALGO SOBRE ECHEGARAY

He nombrado a Echegaray, y me vais a permitir que en tono sencillo salten aquí — respetuosamente, ¿cómo no? —, pero con un poco de humor, dos acaecimientos de la historia del Banco de España. ¿Recordáis aquel Ministro que, presurosamente y en movimiento extremado, llevó al Banco de San Fernando a ser único emisor en 1849, a D. Alejandro Mon? Pues tres años antes había presentado al Senado, con su firma, un proyecto estableciendo una Ley general de Bancos conforme al régimen de pluralidad. Ved, ahora, esa venerada y admirada, por tantos motivos, figura de D. José Echegaray, que en 1874 firma la disposición más rotunda de cuantas en la historia de la Banca de emisión española se habían dado: Banco de España, Banco de emisión único en

España; todos los que existían habían de ser absorbidos por él, y fueron absorbidos en cuanto emisores. Esto acaecía el año 1874. Pues el año 1869, a poco de la Gloriosa, había salido de las Cortes una Ley pimpante sobre libertad de constitución de Sociedades y de Bancos de emisión. Los Bancos de emisión, salvo en las plazas donde ya hubiera otros y hasta la extinción del privilegio de éstos, se podrían crear con libertad. No sólo con libertad, señores, sino que, además, podrían emitir los billetes en la cantidad que libérrimamente dijeran sus Estatutos. El proyecto, que dió lugar a la Ley del 69, fué acompañado de un preámbulo digno de las plumas más abstractas del Siglo de las Luces, del XVIII. Lo firmaba Ruiz Zorrilla; pero Ruiz Zorrilla cayó entre el momento de presentación del proyecto y el de su aprobación por las Cortes. Y quien, en el año 69, refrendó la Ley más antitética del Decreto del 74 de Somorrostro, quien ante la historia pechó con la responsabilidad de ella, fué D. José Echegaray. El mismo que cinco años después producía la rectificación más honda de tal Ley.

Se creó, pues, la disposición, la norma jurídica unificadora; existía ya la condición propicia: la red ferroviaria nacional. El Banco de España, de los 15 Bancos emisores, absorbió a 11; la circulación

fiduciaria de los otros cuatro que no absorbió, la sustituyó con sus billetes; y de los cuatro que quedaron como Bancos privados, sin ser anexionados por el Banco de España, aún subsisten el Banco de Bilbao y el Banco de Santander.

No quiero acabar, señores, sin llamar vuestra atención sobre una cosa que está muy en la línea de esta conferencia. Echegaray, probablemente de consuno con el Banco de España, todavía en el Decreto de Somorrostro, se cuidó de consignar unos artículos, que podéis leer, en los que autorizaba al Banco emisor para fraccionar su circulación en diversas porciones y para domiciliar cada una de estas porciones en una correspondiente sucursal del Banco de España. A pesar de la red ferroviaria que existía en 1874, a pesar de que se daba la condición técnica necesaria y suficiente, aún Echegaray — recordemos la última guerra carlista — tomaba la precaución de que la circulación, en lugar de ser plenamente nacional, pudiera («por ahora», decía el Decreto) fraccionarse en compartimientos provinciales, más o menos estancos. Y con esto, señores, llegamos ya al fin y nos encontramos frente a una Institución más que secular.

LA LLAMA DE «LO VIEJO»

Como se dice, de una manera bastante común y llana: «amigos viejos, vino viejo, libros viejos». Se ha llegado a decir, trasplantando esta idea con cierta mayor elevación al mundo de las instituciones, que los mejores impuestos no son los que responden a exigencias técnicas más ideales, sino los más viejos, los más antiguos. El pensamiento aún sería susceptible de mayores generalizaciones, que las instituciones viejas todas tienen dentro alguna llama, tienen algún porqué, tienen algo considerable. El Banco de España ha compartido con el país épocas de satisfacción y de alegría; épocas de dolor y de tristeza. El Banco de España ha sido la plataforma sobre la que el país ha podido montar un grandioso aparato de Banca privada. Yo, hoy, me inclino reverente ante esta Institución secular.

RECUERDO Y ESPERANZA

Volver la vista un siglo atrás permite una visión de cosas concretas y de corporeidades muy precisas; permite ver, deslindados, claroscuros, bien diferenciadas las luces y su división. Si en lugar de mirar cien

años atrás, se intenta mirar cien años adelante, la mirada penetra en las brumas crepusculares de un amanecer con niebla. La visión es mucho más difícil. Pero, ¿qué vivirán?, ¿qué tendrán delante de los ojos los funcionarios, el cuerpo de accionistas, los directores, los administradores, que se reúnan para celebrar el segundo Centenario del Banco de España? ¿Será el Banco de España un Banco nacional aislado, o será un Banco miembro de un sistema federal de Bancos europeos? ¿Habrà dominado la Empresa estatal por doquiera todas las ramas de la producción? ¿Habrà el Estado deglutido a la Sociedad, tragándosela completamente? ¿Serà la política una pura inspiración de los métodos totalitarios rusos? ¿Habrà pasado sobre las almas el soplo gélido de un ateísmo que las deje secas, yermas, heladas? No vivimos sólo los hombres de la fuerza y de la energía que nos comunica el pasado, con todo el peso y toda la repercusión de las generaciones que nos han precedido. También vivimos de la esperanza en el destino histórico, más que de nosotros, del destino histórico de las generaciones que nos van a suceder. Y es necesario, aunque sea entre las brumas, mirar al término de esos cien años venideros.

FE EN EL PORVENIR

Yo, aun entre las brumas, tengo una gran confianza y una gran esperanza de que el cuerpo de los accionistas, los funcionarios, los directores, los consejeros que se reúnan aquí, a conmemorar el segundo Centenario del Banco de España, verán una Europa unida y trabada; y tengo la esperanza, y la creencia, de que no todo serán Empresas estatales, ni mucho menos, sino que habrán surgido nuevas formas, nuevas estructuras sociales, más fértiles y más humanas que las que el comunismo puede inspirar; y tengo la esperanza, también, de que una sociedad organizada, muy bien organizada, muy eficientemente organizada, habrá trazado una raya para que el Estado esté más allá de ella, porque si el Estado traspasa esta raya, aunque en tantas ocasiones lo haga movido de pública necesidad, corre grave riesgo de perder en majestad lo que gane en desdoro; y tengo una viva esperanza de que los pueblos no vivirán fórmulas tiránicas ni absolutistas, sino fórmulas de representación auténtica, no inspiradas por el siglo XVIII, fórmulas que se hagan cargo de las realidades profesionales y del diverso rango funcional de los hombres, que es lo que nos da título en la comunidad y en el Estado: la

función que cumplimos y con la que servimos al bien común. Y creo firmemente — no es que tenga mera esperanza —, creo, que en esa vivencia del segundo Centenario del Banco de España no se habrá helado, ni estará seca, ni yerma de ánimo religioso el alma de los hombres. Puede darse por cierto que, doblado el cabo del año 2000, aún no habrá surgido en el mundo un sabio que pueda demostrar científicamente que Dios no existe; pero habrá muchos hombres que todavía tendrán iluminada su razón y sentirán el calor de la fe; y habrá otros muchos que, aunque no tengan iluminada su razón ni sientan el calor de la fe, por lo menos sentirán por doquier, dentro y fuera de su alma, los barruntos de Dios.

¡Ojalá, señores, que en ese segundo Centenario del Banco de España, las gentes que asistan y que nos recuerden y nos evoquen, puedan hacer buenas estas últimas consideraciones!

financiamiento y con la que se
financian los gastos de
mantenimiento y reparación de
los edificios y de los muebles
y enseres de la casa. En
este caso, el propietario
de la casa debe pagar
los gastos de mantenimiento
y reparación de los
edificios y de los muebles
y enseres de la casa.
En el caso de que el
propietario de la casa
pague los gastos de
mantenimiento y reparación
de los edificios y de los
muebles y enseres de la
casa, el propietario de la
casa debe pagar los gastos
de mantenimiento y
reparación de los edificios
y de los muebles y enseres
de la casa.



